

Porque, en definitiva, atacar como aquí se hace la práctica precisa de un cuerpo legal preciso, mostrando la miseria de quienes tantos espectadores quisieran admirar como funcionarios ejemplares, es algo que no había visto nunca en uno de nuestros teatros. Y que explica los aplausos y aun la emoción de los espectadores enfervorizados de la noche del estreno. ■ **JOSE MONLEON.**

CINE

Por la Patria y el Rey

"En lo que realmente pensaba cuando hice 'King and Country' (1964) es en la terrible situación en la que se ve sumido todo ser humano y progresivamente a lo largo del presente siglo. Consideraré esta guerra, en la que millones de personas sufrieron la muerte más espantosa, gentes de todas las clases, en la que se ahogaron en el barro unos doscientos cincuenta mil soldados, en la que muchos otros perecieron en el campo de batalla, en la que otros debieron pasar dos, tres o cuatro años en condiciones inhumanas que empujaron a muchos de ellos a la locura y muchos otros afectados en sus condiciones mentales el resto de su vida. Y todo eso en una minúscula porción de terreno". Son palabras de Losey —recogidas por Tom Milne en su libro de conversaciones con el cineasta (1)— que resumen su punto de partida global respecto a la historia elegida en "King and Country": el juicio contra un desertor del Ejército inglés durante la primera guerra mundial. Negando el haber hecho simplemente un film bélico, anteponiendo un planteamiento ideológico y ético a la simple narración de una anécdota determinada, Losey inscribe su propia película dentro de lo que define como temá-

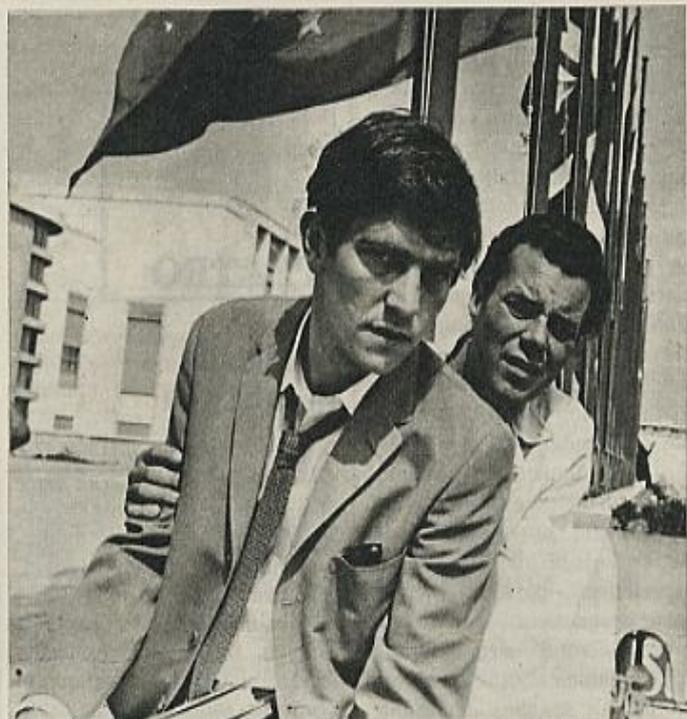
(1) Editorial Anagrama, Barcelona, 1971.

tica fundamental de su obra: la hipocresía, entendida en su vertiente social y en cuanto sometimiento a unos valores en los que no se cree, pero que se siguen respetando "como si todas esas reglas tuvieran alguna clase de legitimidad". Reglas que, en este caso, se traducen en la aceptación de una guerra absurda y mortífera con todos los códigos que lleva implícita, desde aquellos que ocultan los verdaderos intereses que originan y mueven el conflicto bajo el manto de una "heroica" lucha "por la Patria y el Rey", hasta los que determinan que un pobre soldado, superado psíquicamente por un combate incesante de tres años y que huye de su formación durante cuatro días, sea fusilado por desertor con el fin de "elevar la moral de la tropa".

Pocas veces —salvo en el resto de sus obras maestras, "El criminal", "The servant", "Accidente", "El mensajero"— ha sido Losey tan directo, lúcido y estremecedor como en "King and Country". Gracias a una puesta en escena perfectamente desarrollada, donde no falta ni sobra ninguno de los elementos que juegan en ella, en un alarde de sobriedad y dominio que concede a la excelente interpretación de Dirk Bogarde y Tom Courtenay, y al no menos decisivo trabajo del operador Denys Coop, valores de protagonistas en dicha puesta en escena, Losey clarifica al máximo su intento de situar al espectador ante una realidad brutal, degradada, en la que el ser humano



Joseph Losey.



Tom Courtenay y Dirk Bogarde, en el Festival de Venecia de 1964. Courtenay se llevaría el premio de interpretación masculina.

no es más que un simple número sometido a toda clase de ordenanzas arbitrarias, privilegios jerárquicos y crueles consignas.

Es a estos códigos morales, a esta realidad inhumana donde un proceso farsesco puede condenar a un hombre a la muerte con la más absoluta indiferencia y sin contemplar ninguno de sus condicionamientos —resultado directo de un concreto sentido del orden, la disciplina y los valores, castrenses—, a los que Losey ataca sin concesiones en "King and Country". La otra cara, la verdadera cara de ese grandilocuente monumento descrito minuciosamente en la secuencia inicial del film (símbolo de tantos otros, donde se canta a la heroicidad de los combatientes en su lucha y en su muerte), es el barro de las trincheras, los cadáveres, la suciedad, las ratas, la miseria, el sufrimiento transformado en irrisión y crueldad como única forma de autodefensa, que la película nos da en continuo primer término. Contra la inaceptable mixtificación de la Gran Guerra en cuanto "última guerra romántica" o "última guerra entre caballeros", Losey alza sus imágenes, da a conocer la verdadera significación de unos términos cuando es la clase dirigente quien los acuña como máscaras de unas situaciones

creadas por esa misma clase en beneficio propio.

De ello no puede desprenderse en ningún momento que "King and Country" se reduzca a un simple film de tesis antibelicista o que se atenga a un esquematismo demagógico. Todo lo contrario. A través principalmente de la configuración del personaje del capitán Hargreaves (inimaginable sin el trabajo creativo de Dirk Bogarde), Losey analiza el conflicto en sus exactos límites. Porque el papel de dicho personaje no es ni mucho menos —como se ha mantenido en críticas apresuradas sobre la película— el de portavoz del propio cineasta, sino, dentro de una riqueza incomparablemente mayor desde el punto de vista dramático, el de conductor "brechtiano" de la idea de que una determinada mentalidad militar sobrevive por encima de cualquier momentánea aproximación humanística, de que sólo es "cumplir con su deber" sin más lo que preocupa cuando se es partícipe de una situación de casta y privilegio.

"King and Country" ha llegado a España con doce años de retraso a causa de la censura. Lo que significa, por último, uno de los mayores elogios que puedan hacerse de su profunda valía crítica e ideológica. ■

FERNANDO LARA.